

HOJA LITERARIA

Al que leyere

He aquí lector un periodiquito que no te va a martillar los oídos hablándote de política violenta.

Hemos dejado lo social a un lado adrede por asqueroso y por terrible,

Y es que, en un pueblo hermoso como Yecla, eminentemente sedentario y pacífico, de calles amplias, abiertas al Infinito y de gentes buenas, buenas a pesar de todo, la noticia de los crímenes que nos llega de fuera, cobra como en ninguna otra parte un aspecto monstruoso de insólito absurdo, que nos hace despreciar lo de lejos y acogernos mas y mas al amor de esta tierra bendita.

Hay gentes que por epatar exclaman en un arranque pedante: "Este pueblo es feo. Este pueblo es aburrido. Este pueblo es ridículo."

Luego si a mano viene son los que lo expolían y vienen de lejos como cuervos a la carnaza.

Sin ambages: o son unos imbéciles o son unos canallas. O tal vez las dos cosas a un tiempo.

En este pueblo noble, aun es posible sin hacer demasiado el ridículo la balandronada romántica de editar una HOJA LITERARIA por que aun gústanse los alardes de arte y se aplaude con fruición ingenua a los poetas aunque sean malos.

Lector: con la emoción mas pura se redactó este periódico. Lee lo tú, con la mas pura intención.

El Cristo del Castillo

Al pueblo de Yecla, esta versión literaria de una de sus leyendas más bellas.

¡Oh, dulcedumbre de la noche impar, con todos sus caminos como símbolos abiertos al milagro!

Hollaba la sandalia errática la trocha polvorienta en pausado caminar sobre los campos de la noble Yecla.

Tenían los caminantes, uno, la barba florida, otro, los ojos azules.

De paisajes remotos venían, paladines anónimos de la gran cruzada a echar a voleo la semilla católica sobre los campos de España.

Comenzaba el año de gracia de 532 y la noche de Enero era helada y bella.

Corrían tiempos tenebrosos de gestación. Periodo el medioeval de conceptos absolutos, sacudido por ideas que eran dogmas ávidos de acaparar para sí, cada uno de ellos el campo humano de la fé.

Se ventilaba la lucha fratricida de arrianos y cristianos ortodoxos.

Cada uno a su fé, era la consigna de los tiempos.

Y todos juntos, contra la fé de los otros.

No acaparaba, no, aquella tendencia férvida, solamente los lejanos conceptos teológicos, sino que, se extendía también—la Historia es testigo—

sobre los filosóficos, políticos y científicos, comunicándoles su ardor y su intransigencia.

Las creencias de secta, el espíritu de raza, los dogmas en su sentido más amplio: todo estaba en pleito.

Soliviaba el pueblo allá al fondo su noble dormida al socaire del monte, bajo el astral resplandor de la luna.

Iban lentos y silenciosos los peregrinos y los báculos misioneros tenían bajo las estrellas una belleza apostólica.

Una estrella errante, ha dejado breve y tímida su estela de luz en el azul marascente de los espacios y al caer como una lágrima desde la cima de los cielos al confin del horizonte, las dos frentes proféticas se han alzado extasiadas hacia los celestes ámbitos.

Y una voz como una música:
—¡Que noche hermano!—ha musitado.

—Como obra del Padre—, ha contestado otra voz, como un murmurio.

En la alta noche medioeval, serena y yerta, bellos y lejanos como un dulce ensueño, van haciendo los dos peregrinos—¿ángeles, hombres?—, la vía hacia el pueblo, dormido como un niño en el regazo maternal del monte,

En la noche medioeval, serena y yerta, con todos sus caminos como símbolos abiertos al milagro....

**

Hin entrado en la aldea. Ni un alma en las callejas desiertas y empinadas rumbo al norte, que la luna baña con su luz de paz.

Duerme el pueblito sosegado.

Se oyen confusos y señeros los ruidos de la noche: una madera que crujе; un can que aulla siniestro; un gallo que lanza al viento el estridor metálico de su canto, presintiendo el alba, aún lejana.

Allá sobre la cúspide del cerro, un girón de bruma, se eleva como un cáliz hacia Dios.

Se han posado las manos dulces en una puerta, y en otra, y en otra..., a lo largo de la desierta calle en busca de refugio donde sotechar los cuerpos, ateridos por el frío sereno de la noche y dar descanso a los pies caminantes, heridos en los agrios caminos del Sur.

Mas las puertas todas, han permanecido herméticas a la tímida demanda.

Bien sabían ellos que, de ser observados, lo serían con recelo.

Los tiempos eran turbulentos y bien pudieran ser almas del otro mundo, o soldados disfrazados de algún ejército invasor.

Vagaron un buen rato ambos peregrinos por las calles dormidas de la villa y cuando vencidos por la vigilia, se iban a dejar caer sobre las impudosas piedras de algún porche, en espera del nuevo día, vislumbraron las pupilas sagaces una apariencia humana que, allá al fondo de una calleja, se columbraba inquieta, leve y traslúcida como un espectro.

Hacia élla se encaminaron reposados, los pasos de los que nada tenían, por esperarlo todo de Dios.

Y sonó nuevamente en la alta noche la voz aurea del peregrino de las pupilas liliales:

—Hermano: posada para dos cristianos.

Contestó el interpelado que hombre era y no sombra:

—Allí tendréis asilo, en aquel pequeño hospicio contiguo a la capilla.

Y señalaba el mozo con amplio ademán las rocas enhiestas de la montaña de entre cuyos ábsides emergía gallarda como un nido de águilas la torre del Santuario.

Aún afianzó más la indicación aclarando solicitó:

—Por allende, sin dejar la vereda que va al cerro.

Y como los religiosos se hubieran ya alejado un tanto, les gritó aún:

—Llamar fuerte, fuerte, que el santero tiene recio el sueño.

Y comenzó la ascensión penosa.

Se retorció la senda violenta en mil elucubraciones estériles para ganar unos metros de altitud. Perdiase fugitiva entre enebros punzantes, lentiscos y romeros y surgía victoriosa en la cima de tal roca, al parecer inaccesible.

Fué una lucha silenciosa y brava por ganar la cumbre, vista por una luna indiferente y total que poría vislumbres de sudario en el paisaje inmenso.

Y ya en la cima ¡con que placer se extendieron por los confines de la llanada fértil las miradas asombradas!

¡Dios, que belleza!

Era, como si la Eternidad se abriese en flor de luna a los ojos del Hombre.

¡Que totalidad gloriosa, para fundirse a ella las almas enfermas de Infinito!

¡Oh!, si así fuera la muerte: noche eterna y consciente flotando en la armonía de los mundos.

¡Que ansias de perdurar, de no extinguirse, y simultáneamente que vehemente anhelo de comulgar con los espacios, de unirse en un impetu de amor ciego, con la totalidad, con Dios!

Se palpaba a Dios y el alma, brincaba ávida en el corazón alterado y se asomaba gozosa a los ojos con lágrimas.

En extasis aún los dos soñadores, fueron hacia el pórtico de la ermita, con una oración como un suspiro en los labios trémulos.

Y se abatieron las manos como palomas heridas contra la reciedumbre hostil del postigo.

Una y otra vez, hasta cinco veces.

Clamó la voz sonora hacia la ventana que en lo alto sigilosa se entreabría:

—Ave, María; abrigo en esta noche a dos cristianos errantes de la orden de Atanasio.

Y desde arriba:

—Sin pecado concebida—, contestó una voz senil, completando así, la consigna católica.

Tras breve rato, chirriaron los goznes y las puertas se entreabrieron dejando paso a los dos peregrinos.

**

En la noche silente, vivían los objetos su segunda vida.

¡Oh, vida de lo inanimado presentida por la subrasensible percepción del vidente, cuanta poesía encierra!

Para postrarse a orar cruzaban los dos peregrinos la ancha nave de la capilla en la indecisa penumbra de dos lámparas de aceite.

Al conjuro de los pasos que resonaban atroces en la oscuridad de la noche, las cosas obedeciendo a su inexorable designio, deshiciéron el